

HISTÓRICA PROCESIÓN DEL *CORPUS*

EN

SAN SEBASTIAN



Es la mañana del día 27 de Mayo de 1660.

Las torres de Santa María, San Telmo, San Vicente, Santa Ana y dominicas del Antiguo, lanzan por los aires en vertiginosos volteos el repique de sus campanas.

Los palacios de los marqueses de San Millán, de los Echeverris, de los marqueses de Morlara, de los Condes de Villalcazar, ostentan artísticas y valiosas tapicerías y de sus ventanales cuelgan bordados blasones, mereciendo particular atención la casa Balencegui, en la calle Mayor, suntuoso edificio, levantado con todas las proporciones del orden dórico.

Las calles de la Trinidad, Mayor y la carrera toda, hállanse cubiertas por fuerzas de arcabuceros y mosqueteros en cuyos cascos y petos reflejan los esplendorosos rayos de un sol canicular.

Bajo las góticas naves de Santa Maria, iglesia del más puro estilo ojival, pues se construyó durante el siglo XIII¹ apiñase numerosa concurrencia, y á un lado del altar mayor, bajo riquísimo dosel, hállase hincado de rodillas el rey nuestro señor D. Felipe IV, vestido de ele-

(1) La actual iglesia de Santa Maria se levantó á mediados del siglo XVIII, y por más que su interior resulta esbelto, su arquitectura se resiente del mal gusto de la época.

gante ropilla abullonada de terciopelo negro, medias de fina seda del mismo tono, sus piés calzan zapatos bajos con hebillas de oro y diamantes, de su cinto pende sobrepujada espada y su típica cabeza tan admirablemente copiada como popularizada por su insigne pintor Velazquez resalta con majestuosidad del acarminado fondo que con el dosel se produce.

Durante la misa oficia de pontifical el Obispo de Pamplona Don Diego de Tejada acompañado del patriarca de las Indias y clero de la Real Capilla.

Extraordinaria multitud transita por las calles; sobre briosos caballos realzan la carrera hidalgos caballeros, forrados con brillantes armaduras.

El atrio de Santa María cuajado de gente, mucha parte extranjera, pues este acontecimiento despierta vivo interés en la frontera.

Todos esperan con ansia la salida de la procesión del *Corpus Christi*: abundan también sinnúmero de campesinos, figuras nobles, hombres de cuyas cabezas ondean abundosas coletas, acompañados de sus indispensables *makillas*; entre la muchedumbre distraen la actitud de las gentes algunos soldados vestidos con vistosas ropillas y sus cabezas enseñoreanse sobre blanquísimas y pronunciadas golas de encaje, apuestos galanes que se expresan en correcto bascuence y sonríen alborozados de contento. Uno ellos fijase y entorna la mirada, avanza de golpe algunos pasos donde á corta distancia conversan varios ancianos que esperan también la salida de la procesión, y calándose con distinción su ancho sombrero cuyas plumas arqueáanse graciosamente sobre sus hombros, dirige la palabra á uno de los señores:

—Conocéisme, Melchor jauna?

—....No tal!

—Recordais de Ignacio?

—De Ignacio?

—Sí, que no ha años doblados que partió á Flandes al buen servicio de Dios y del Rey nuestro señor....

—Vos Ignacio de Urbide?...

—Sí tal, el mismo, *aitacho nere maitia!*

—¡Santo Cristo de Lezo!

En este momento este tierno é inesperado diálogo es confundido por el clamoreo de la multitud, pues la procesión empieza.

Cien fornidos jóvenes rompen marcha, armados con espadas, los

cuales ejecutan con suma precisión y verdad el belicoso *ezpata-dantza*, al son del tamboril.¹

Pendones de las cofradías, capitanes de mar y tierra, corregidores, capitulares, clero, ordenes monásticas, penitentes, alguaciles, cubren ya la carrera toda; en uno de los balcones del *Jauregui* de los Duques de Ciudad-Real, del que me ocupé en otro artículo,² arrodillada sobre tallado reclinatorio presencia fervorosamente el desfile de la procesion la infanta D.^a María Teresa, futura consorte del rey Luis XIV de Francia; las campanas de los templos repiten su clamoreo; las naos y bajeles surtos en la concha cañonean con el estampido de sus lombardas el espacio, desvaneciéndose sus ecos por valles, hondonadas y bosques; los tiros que disparan el castillo de la Mota y cubos de las murallas extiéndense por entre las brisas del océano Cantábrico; admírase ya la procesión, tendida en larga carrera; el palio, de riquísima labor, es llevado por ocho capitulares; ostenta la custodia el obispo de Pamplona; ya la antifona con sus místicos acordes saluda á la Sagrada Forma, el pueblo donostiarra arrodillase á su paso, cerrando el cortejo de tan grandioso espectáculo por tras el palio, y acompañado del alcalde de San Sebastian D. Francisco de Orendain con el ayuntamiento en pleno, el rey de las Españas D. Felipe IV.



El rey, satisfechísimo por la hidalga acogida que obtuvo durante los días que estuvo en la villa de San Sebastian, demostró bien pronto su agradecimiento, como lo confirmó desde Madrid en una cédula concebida en los siguientes términos:..... *he resuelto hacer la merced como por la presente se la hago de intitularla como la intitulo NOBLE Y LEAL CIUDAD DE SAN SEBASTIAN, para que de aquí adelante lo sea y se llame así...*»

FRANCISCO LOPEZ ALEN.

(1) Aún se conserva esta costumbre en muchos de nuestros pueblos.
 (2) Véase página 286.